El fondo de la maleta

Rafael Alberti (1902-1999)

La obra del gaditano Rafael Alberti es eminentemente poética. Escribió, es cierto, unas memorias, especialmente interesantes en su primer volumen, *La arboleda perdida* (1959) y algunas obras de teatro de un interés menor. Como poeta, fue, al igual que Neruda, abundante y desigual. A diferencia de Neruda, Alberti fue un poeta de gran perfección formal, de un oído sutil y una prosodia eufónica; a diferencia también de Neruda, Alberti no tuvo la profundidad y fatalidad poética del autor de *Residencia en la tierra.* Neruda fue un poeta comunista, y lo fue hasta el final; Alberti también, pero no escribió textos teóricos, marxistas o no, de carácter político, tampoco históricos: fue un comunista por fe y ante ciertos hechos (digamos, campos de concentranción, millones de muertos, represión política y cultural), miró para otro lado. Estuvo sesenta y ocho años en el Partido Comunista, es decir, que le tocó acompañar al comunismo casi a todo lo largo del siglo. Nunca renegó de su ideología, y a eso se le llama «coherencia ciudadana», defensor del «valor creador de la libertad», «compromiso ideológico», en fin, alguien que iluminó «el siglo con su palabra». Todos estos entrecomillados están tomados de la prensa y corresponden a presidentes de gobiernos conservadores, periodistas comunistas, socialistas, etc. Ante tal absurdo cualquiera se resfriega los ojos. ¿Qué ocurre? Quizás haya que recordar lo que Revel investigó con lucidez en *El pensamiento inútil*: la tendencia del hombre a ocultar la verdad, a no buscarla, a no desearla.

La coherencia ciudadana o política de Alberti sólo significa que fue fiel a su rechazo de las dictaduras de derecha, pero fue tenaz en sus elogios de las de izquierda. Es todo. Ninguna lección de moral ni de lucidez pueden deducirse de su postura en relación a la búsqueda de las verdades y de la verdadera libertad, que no conoce justificaciones a posteriori. Ahora bien, la verdadera fidelidad de Alberti, de la que sí podemos aprender, es la relacionada con la poesía. Aunque sus inicios fueron pictóricos, el centro de su universo fue el de la palabra. A Alberti le debemos varios libros y un buen montón de poemas verdaderamente prodigiosos, en el sentido más recto de esta palabra: poemas realizados con enorme destreza y con gracia, poemas en los que supo reconciliar una amplia tradición hispánica con los

desafíos de la modernidad, especialmente las propuestas vanguardistas. Sus poemas de tipo tradicional son más perfectos que los de Lorca, aunque su poemario *Sobre los ángeles* –hay que decirlo– carece de la fuerza del descenso al infierno de Lorca en *Poeta en Nueva York*. Alberti fue un poeta de la nostalgia, pero también de un erotismo inmediato, enamorado de las apariencias. Más que un gran pintor del lenguaje fue un magnífico dibujante. Ha sido un poeta cantor, a veces obligando demasiado a las palabras pero, en ocasiones afortunadas, oyéndolas y poniéndose a su servicio. La inspiración quizás sea eso: oír en las palabras algo que está dicho a medias y cumplirlo: de ese cumplimiento hay pruebas evidentes en *Cal y canto* (1929), *Yo era un tonto y lo que he visto me ha hecho dos tontos* (1929), *A la pintura* (1948) y *Retorno de lo vivo lejano* (1958). Ha muerto, pues, un gran poeta, un hombre que ha recorrido el siglo y que, en lo ciudadano, participó con cierta mala fe (sartriana) de las mentiras sin cuento de un siglo sangriento. Pero, insistimos, lo importante en él es la poesía, y su feliz memoria encarnó gran parte de ella. ¿Por dónde andará ahora Rafael Alberti? El poeta quizás esté ya prendido de ese balón que, como un globo, se pierde haciendo espirales por el aire:

Yo pienso en mí. Colegio sobre el mar.
Infancia ya en balandro o bicicleta.
Globo libre, el primer balón flotaba
sobre el grito espiral de los vapores.